

Cartas de Ignacio Manuel Altamirano al barón de Gostkoski

El interés del presente trabajo —muy modesto por cierto— es dar a conocer dos “Cartas sentimentales” que Ignacio Manuel Altamirano escribió en 1872 al barón de Gostkoski y que fueron publicadas en el periódico *El Siglo XIX*.

Estas cartas, aparte de contribuir al conocimiento de la obra literaria del escritor guerrerense, nos permiten resaltar aspectos personales poco conocidos del autor de la novela *Navidad en las montañas*, que tuvo una actuación destacada en la política, el ejército, la literatura, la diplomacia, etc., y obtuvo triunfos y reconocimiento en todos estos campos.

El estudio se divide en nueve apartados que tratan aspectos importantes de su vida: la salida de su pueblo en Tixtla, Guerrero; su ingreso al Instituto Literario de Toluca, lugar donde inició sus primeros estudios, antes de trasladarse a la ciudad de México y continuar con la carrera de abogado, la cual interrumpió para unirse a Juan Álvarez y participar en el Ejército del Sur, primero en la defensa del Plan de Ayutla, después en la Guerra de Reforma y luego durante la Intervención francesa, acciones todas en las que se distinguió por su valor y arrojo. Estos méritos le brindaron la posibilidad de que, en 1862,



participara y ganara las elecciones a diputado para el Congreso de la Unión por el estado de Guerrero, destacándose en la tribuna como orador y firme defensor de la libertad de México.

Al finalizar la lucha armada, con la restauración de la República, Altamirano continuó su lucha, pero ahora con la pluma. Publicó en periódicos y revistas sus novelas, versos, crónicas y todo tipo de artículos siempre interesantes; esta actividad le permitió rodearse de un gran número de literatos nacionales y extranjeros, como fue el caso del barón de Gostkoski, con quien suponemos tuvo gran amistad, pues así lo demuestran las cartas que le escribió y que se transcriben en este artículo.

Asimismo, al tiempo que logró obtener reconocimiento como uno de los intelectuales más importantes de la época, también se convirtió en centro y guía de la cultura nacional del siglo XIX. Distinción que le mereció el ofrecimiento del entonces presidente de México, Porfirio Díaz, para ocupar el Consulado General de México en España y Francia de 1889 a 1893, año de su muerte.

Queremos aclarar que revisamos algunos de los estudios biográficos que se han elaborado de la obra de este autor, como la de los maestros Luis González Obregón, Rafael Helidoro Valle y Ralph E. Warner, y en ellos no encontramos ninguno que hiciera mención a estas "Cartas sentimentales". Los tres autores consignan algunas misivas inéditas que difieren en la fecha de las aquí referidas, por ello consideramos interesante darlas a conocer, corrigiendo únicamente la ortografía, pero respetando el modo original en que fueron escritas. Asimismo, suprimimos dos documentos que Altamirano insertó en las cartas y que no deseamos estudiar aquí.

Biografía

Ignacio Manuel Altamirano nació el 13 de noviembre de 1834, en Tixtla, estado de Guerrero. Su infancia y los primeros años de adolescencia los pasó en su pueblo natal al lado de sus padres Francisco Altamirano y Gertrudis Basilio. En 1849, a la edad de 15 años, ingresó al Instituto Literario de Toluca, gracias a una ley del Estado de México que convocaba a los "jóvenes indios" más aplicados de los municipios a estudiar en ese lugar. Altamirano presentó el examen y logró obtener una beca para ingresar a ese Instituto, donde cursó español, latinidad, francés, y filosofía, y sobresalió entre sus condiscípulos por su inteligencia. Poco después obtuvo ahí el empleo de bibliotecario, ocupación que le sirvió para nutrir su espíritu de saber y erudición.

Al concluir los estudios en Toluca en el año de 1852, Altamirano se trasladó a la ciudad de México para iniciar la carrera de jurisprudencia en el Colegio de San Juan de Letrán, estudios que interrumpió para colaborar con las fuerzas liberales en la defensa del Plan de Ayutla, la Guerra de Reforma y la Intervención francesa. Al ser restaurada la república por los liberales, Altamirano fue electo diputado al Congreso de la Unión por su estado, distinguiéndose en la tribuna como férreo defensor de la libertad de México. Finalizada su actividad parlamentaria, Altamirano continuó su labor literaria escribiendo en los principales periódicos y revistas de la época, en los que publicó sus novelas: *El Zarco*, *Navidad en las montañas* y *Clemencia*. Asimismo desempeñó algunos cargos como servidor público, pues fue magistrado de la Suprema Corte de Justicia, procurador general de la Nación y oficial mayor de la Secretaría de Fomento. Su última actividad político-literaria

Actividad militar

fue el nombramiento de cónsul de México en España y Francia, puesto que desempeñó hasta su muerte, ocurrida el 13 de noviembre de 1893 en San Remo, Italia.

La actividad militar de Ignacio Manuel Altamirano se desarrolló durante los años de 1853 a 1867, periodo en el que se enfrentaron liberales y conservadores por el poder en México. En primera instancia luchó por la defensa del Plan de Ayutla, promulgado por Juan Álvarez el 1 de marzo de 1854. En principio, este plan proponía desconocer el gobierno de Antonio López de Santa Anna, establecer un gobierno provisional, convocar un Congreso Constituyente y restablecer el sistema republicano como forma de gobierno. Estas propuestas respondían a las ideas libertarias que Altamirano profesaba y que, por ende, le permitieron participar al lado de los liberales en el Ejército del Sur donde obtuvo reconocimiento por sus estrategias en el campo de batalla y por su arrojo y valentía. Cabe señalar que Altamirano no contaba con experiencia militar al inicio de la lucha armada, sin embargo eso no le impidió alcanzar trascendentales victorias. Aun cuando la lucha finalizó en 1855 con la elección de Álvarez como presidente de México, no se logró la paz definitiva, pues los conservadores se oponían a que se pusieran en vigencia los puntos del Plan de Ayutla; también hubo otros obstáculos por "las exigencias de los liberales *puros* porque se mantuviera firme, a toda costa la política anticlerical".¹

¹ Ciro González B., *Síntesis de historia de México*, 6a. ed. México: Herrero, 1958, p. 160.

Estos problemas, lejos de solucionarse, se radi-

calizaron con la proclama de la Ley Juárez que “suprimía algunos tribunales especiales y abolía parte de los fueros militares y eclesiásticos”,² lo que provocó una reacción violenta por parte del clero y de los militares conservadores y resultó en una nueva ofensiva que finalizó con levantamientos en varios estados de la República y suscitó otra guerra: la de Reforma. Este conflicto se inició en diciembre de 1855, cuando Ignacio Comonfort sustituyó en el cargo a Juan Álvarez. El nuevo gobierno tuvo como objetivo principal restablecer el orden para hacer respetar las libertades e inaugurar las sesiones del Congreso Constituyente de 1856, que dieron como resultado final la Constitución vigente en 1857.

Esta Constitución “pretendía dar al país un régimen republicano federal democrático al reconocer la libertad de cultos, pues no decretaba la separación de la iglesia del Estado, ni nacionalizaba los bienes del clero, pero sí consagraba en cambio el respeto a las garantías individuales”.³ Asimismo, estableció la elección de un presidente y un vicepresidente, de la que resultaron electos Ignacio Comonfort y Benito Juárez, respectivamente, quienes promulgaron y juraron la Carta Magna el 5 de febrero de 1857. El nuevo orden constitucional no entró en vigor a causa de los problemas entre conservadores y liberales. Mientras los primeros “pretendían conservar las formas tradicionales de vida”, los segundos “luchaban por la transformación de las instituciones sociales existentes, con un sentido de mejoramiento y progreso”.⁴

Estas diferencias ideológicas llevaron a los dos grupos a iniciar la Guerra de Reforma. Una de sus primeras consecuencias fue la huida de Comonfort al extranjero, lo cual hizo que Juárez ocupara automáticamente la presidencia interina de la Repúbli-



² Martín Quirarte, *Visión panorámica de la historia de México*, 6a. ed. México: Porrúa, 1975, p. 137.

³ *Ibidem*, p. 139.

⁴ *Ibidem*, p. 143.

Altamirano participó al lado de los liberales, los cuales se agruparon en milicias civiles improvisadas, que si bien al inicio de la lucha armada sufrieron algunas bajas, continuaron peleando contra los conservadores durante los tres años que duró la guerra.

ca, derecho que le confería el ser presidente de la Suprema Corte de Justicia; su primer acto fue proclamar un manifiesto donde informaba al pueblo que asumiría el poder hasta que se reuniera el Congreso de la Unión, disuelto en 1858. Altamirano participó al lado de los liberales, los cuales se agruparon en milicias civiles improvisadas, que si bien al inicio de la lucha armada sufrieron algunas bajas, continuaron peleando contra los conservadores durante los tres años que duró la guerra, hasta que por fin lograron el triunfo y el gobierno de Juárez se instaló en la capital de la República en enero de 1861. Con este triunfo los liberales lograron una paz frágil, pues no pasó mucho tiempo para que México se viera envuelto de nuevo en otra guerra: la Intervención francesa. Este conflicto tuvo por causa principal la suspensión del pago de la deuda a Francia, España e Inglaterra, quienes intervinieron para cobrarse por propia mano. Las fuerzas francesas fueron las primeras en desembarcar en territorio nacional, enfrentándose con un ejército capaz de repeler la agresión con el firme deseo de defender la república y consolidar la independencia.

Altamirano participó en estos acontecimientos con más éxito e incrementó sus actividades patrióticas. Él "comandaba uno de los batallones más importantes en Querétaro, enfrentándose en los más reñidos combates, sin abandonar en ningún momento el lugar de acción".⁵ En esa lucha, Altamirano se distinguió por "su notable entusiasmo y arrojo, que lo caracteriza en todos los ataques que sufrió el batallón que él dirigía, animando siempre a los soldados con su palabra y su ejemplo",⁶ pues desempeñaba el cargo de coronel en el Ejército Defensor de la República. Juan Sánchez Azcona cuenta un hecho interesante y quizá poco conocido, cuando dice que

⁵ "Altamirano militar", en *Revista de Revistas*. 2 de diciembre de 1934, s.p.

⁶ *Idem*.

“alcanzado el grado de coronel de caballería, el presidente Juárez quería ascenderlo a general, distinción que declinó, alegando que él se sentía satisfecho con su conciencia de haber luchado por la patria y por la República”.⁷

Las actividades que Altamirano desempeñó en estos movimientos armados reafirmaron la lealtad y vocación de servicio al estado de Guerrero y al gobierno de México; así, una vez derrotadas las fuerzas divisorias, el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo y el fracaso del intento de los conservadores por imponer un gobierno monárquico marcaron el fin de la lucha política y militar en México.

Actividad política

Con la caída del Imperio, el triunfo del liberalismo, la entrada de Juárez a la ciudad de México y el inicio de las sesiones del Congreso Constituyente de acuerdo con el Plan de Ayutla, Altamirano incursionó en una nueva faceta, la de político, al ser electo en 1862 diputado al Congreso de la Unión por el estado de Guerrero. Cabe resaltar que en la tribuna de debates, mostró cualidades poco conocidas de su personalidad, como la de orador de gran impacto en las multitudes, en virtud de que sus discursos estremecieron a sus enemigos y conmovieron a la sociedad y a la nación. Asimismo, se mostró como férreo defensor de la independencia de México y se distinguió siempre por su oratoria combativa. Compilaciones de sus discursos en la tribuna, así como en otros lugares públicos, lo demuestran. Sin embargo, todos los autores coinciden en señalar su alocución contra la amnistía, pronunciada el 10 de julio

⁷ Juan Sánchez Azcona, “La actividad política de Altamirano”, en *Homenaje a Ignacio M. Altamirano; conferencias, estudios y bibliografía*. México: Universidad Nacional de México, Imprenta Universitaria, 1935, p. 81.



de 1861, en el Segundo Congreso Constitucional, como una pieza sobresaliente. Este discurso es importante por su contenido, ya que en él manifiesta su opinión de cómo el gobierno debía tratar a sus enemigos. Por ser éste nuestro interés, reproducimos parte del extenso discurso.

Comienza, primero, por definirse como “hombre puro, de corazón liberal, representante de una nación ultrajada”, y pide a la Cámara que repruebe el dictamen en que se proponía el decreto de amnistía para el partido reaccionario. Luego agrega:

la nación no debería de perdonar a sus enemigos con la misma facilidad con que esos señores por su carácter generoso perdonan a los suyos, pues han confundido a su propio individuo con la nación entera y eso es un error. La amnistía es el complemento de la victoria, pero debe seguir inmediatamente a ésta, porque en efecto, la amnistía debe concederse como un don de la misericordia, como una concesión que hace la fuerza de la debilidad; es la cólera que absuelve al arrepentimiento, por tanto la amnistía no sería la palabra del perdón, no sería la caricia de la fuerza vencedora a la debilidad vencida.⁸

Al final, Altamirano hace un llamado al Congreso y les dice que perdonar sería hacerse cómplice de los enemigos.

Al leer parte del discurso, nos podemos dar cuenta de que su actuación en la tribuna conmovía a todos, pues los suyos fueron discursos llenos de erudición, de patriotismo, de energía y de belleza oratoria. Esa misma sensibilidad se hace patente en sus notas periodísticas. Por ello podemos entender su participación en los principales diarios y revistas del México de aquella época, así como su obra literaria.

⁸ *Discursos de Ignacio Manuel Altamirano pronunciados en la tribuna cívica, en la Cámara de Diputados, en varias sociedades científicas y literarias y en otros lugares, desde el año de 1859 hasta 1884.* París: Biblioteca de la Europa y América, 1892, pp. 25-40.

Actividad literaria

La actividad literaria de Ignacio Manuel Altamirano se divide entre el periodismo, la novela, la crónica, la poesía, el ensayo, la crítica, etc., "sin embargo, y considerando las excelencias de que en tan múltiples formas del arte dio muestra, es indudable que Altamirano resalta, antes que todo, como novelista".⁹ Si bien es cierto lo que nos dice Carlos González Peña, no podemos negar el papel desempeñado por Altamirano en el ejercicio del periodismo que inició desde que era estudiante del Instituto Literario de Toluca en 1850, cuando publicó en el periódico *Los Papachos* algunos versos y artículos satíricos. Estos escritos son considerados como antecedente de su actividad literaria, labor que intercaló con sus colaboraciones en otros periódicos, y el haber sido fundador y colaborador de los principales periódicos y revistas del México de esa época. Como ejemplo de lo anterior podemos mencionar *El Correo de México* (1867), *El Renacimiento* (1869), *El Federalista* (1875) y *La República* (1880). Asimismo, "de manera regular su nombre puede asociarse a los principales periódicos de la capital: *El Siglo XIX*, *El Monitor Republicano*, *El Seminario Ilustrado*, *El Domingo*, *El Artista*, *El Libre Pensador*, *El Diario de Hogar*, *La Libertad*, *La Revista Universal*, *El Liceo Mexicano*, *La Tribuna*, *El Eco de la Reforma* y *La Voz del Pueblo*";¹⁰ estos dos últimos en su estado natal.

El periodismo sirvió a Altamirano para escribir sus crónicas y también sobre cualquier otro tema o acontecimiento, como también para publicar sus novelas por entregas. Ejemplo de lo anterior fue *Clemencia* publicada en 1869 en *El Renacimiento*, y *Navidad en las montañas*, editada en 1870 en *La Iberia*. Otras de sus novelas publicadas en periódicos

⁹ Carlos González Peña, "Altamirano novelista", en *Homenaje...*, p. 43.

¹⁰ Luis González Obregón, "Biografía de Ignacio Manuel Altamirano 1834-1893", en *Homenaje...*, p. 12.

El periodismo sirvió como medio principal para que Altamirano diera a conocer sus obras y, a la vez, fue el instrumento que le permitió unir a todos los intelectuales nacionales y extranjeros que había en México.

fueron: *Las tres flores*, en *El correo de México* en el año de 1867, y *Julia*, en *El Siglo XIX*. Por ello consideramos que el periodismo sirvió como medio principal para que Altamirano diera a conocer sus obras y, a la vez, fue el instrumento que le permitió unir a todos los intelectuales nacionales y extranjeros que había en México, sin importar su filiación política, para que se agruparan y colaboraran en publicaciones periódicas. Ejemplo de lo anterior fue *El Renacimiento*, con sus “Crónicas de la Semana”, “revista literaria-cultural, miscelánea y didáctica”, en cuanto que incluía ficción y poesía e informaba de cuestiones críticas, historia, arqueología, pintura, música, teatro y ediciones. El resultado fue una crónica, un espejo del panorama cultural, un registro de las producciones más notables en los géneros mencionados. “De todo se habló en aquellas páginas, a condición de que llenara los fines de amenidad sobre todo de utilidad y belleza.”¹¹

Podríamos considerar lo anterior como una pequeña muestra de lo que logró nuestro autor a través del periodismo, sin embargo —como dice Carlos González Peña—, Altamirano resalta, antes que todo, como novelista, y aunque reconoce en él las cualidades en el “arte de novelar”, por su estilo, lo considera un artista, un cautivador por antonomasia. Como dato adicional señalaremos que Altamirano utilizó dos seudónimos, *Nick* y *Merlín*. El primero fue empleado en el artículo “Las tres caídas de Tacuba”, publicado en el *Diario del Hogar* el 25 de marzo de 1883, y el segundo en “Los caminos de San Antonio de Toluca a México”, aparecido en *La Libertad* el 5 de abril del mismo año. En opinión de María del Carmen Millán, el seudónimo *Nick* se debió quizá a que en su novela *El Zarco* uno de los personajes se llama Nicolás, “el cual tiene una notable

¹¹ José Luis Martínez, “Crónicas de la Semana” de *El Renacimiento*, 1869. México: Instituto Nacional de Bellas Artes, 1969, p. 72.

semejanza con Altamirano, joven de tipo indígena 'bien marcado' de ahí que posiblemente usara ese seudónimo".¹² Para González Peña, la novela *El Zarco* "constituye la obra postrera de la cúspide como novelista, en ella su autor puso de relieve excepcionales facultades. El estilo es más acabado, el lenguaje más terso, rico y límpido, la composición es clara y sobria, el diálogo robusto y lleno de sabor y la descripción es notable".¹³ En suma, Altamirano logró todas esas cualidades al escribir sus novelas, por ello se le reconoce como uno de los escritores que han dado prestigio a las letras nacionales.

El barón de Gostkoski

El barón de Gostkoski (Gustavo Gosdawa Gostkoski) fue un periodista y escritor de origen polaco-francés que vivió en México y colaboró en los periódicos *El Monitor Republicano*, *El Renacimiento*, *L'Indépendant* y *Trait d'Union*. En su labor periodística Gostkoski se distinguió por sus famosas "Humoradas Dominicales", las cuales aparecían publicadas semanalmente en *El Monitor Republicano*. Como nota curiosa, sus artículos generalmente fueron escritos en francés, como fue el caso de las gacetillas en el *Trait d'Union* en las que el barón imprimió su "*esprit gaulois*", como diría Altamirano, "lo cual fue la causa por la que se distinguió ese literato por sus singulares pero siempre brillantes crónicas".¹⁴ En cuanto a su participación en *L'Indépendant*, fue redactor de ese periódico quincenal que contenía "información política, literaria y comercial hecha con el objeto de remitirse a Europa".¹⁵ Por lo que se refiere al trato entre Altamirano y el barón podemos decir que entablaron una estrecha amistad cuando trabajaron

¹² María del Carmen Millán, *El Zarco*. México: Porrúa, 1966, p. XV (Colección "Sepan cuantos...", núm. 61).

¹³ Carlos González Peña, *op. cit.*, p. 51.

¹⁴ José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 72.

¹⁵ *Ibidem*, p. 15.

juntos en *El Renacimiento*, lazo que se reafirmó cuando escribieron juntos *La vida de México*, obra en la que el barón firmó con el seudónimo de "Nemo". Ese aprecio se confirmó con el paso del tiempo en "Crónicas de la Semana", cuando Altamirano se refiere al barón como un "escritor elegante y muy instruido" y agrega que lo recomienda por considerarlo "un deber de conciencia más que un motivo... y asegura a los lectores que pasarán un rato agradabilísimo".

Comentarios a las cartas

Las dos cartas a las que haremos referencia aparecieron publicadas en el periódico *El Siglo XIX*, el 31 de marzo y el 7 de abril de 1872; en ellas se puede apreciar un tono de intimidación que permite reconstruir algunas facetas poco conocidas de la vida de Altamirano, por ejemplo, su afición a la vida cenobítica, sus enfermedades, su poca disposición —en ocasiones— para seguir publicando y quizá algún otro dato sobre su obra literaria. En ellas, Altamirano señala que escribió esas cartas a petición del propio director del periódico, y fueron incluidas en la parte literaria los días domingo y firmadas con su nombre. De acuerdo con su autor, estas misivas no tenían otro objetivo que "el de distraer a los lectores del decano". En la primera carta, Altamirano explica al barón que la misiva tiene un doble objetivo. Primero, contarle lo que hacen sus amigos literatos, entre los que cuenta a José T. Cuéllar, José Rosas, Gustavo Baz, *Calibán*, Alfredo Bablot, Antonio García Cubas, Luis G. Ortiz, Ignacio Ramírez, *el Nigromante*, etcétera.

Por ejemplo, cuenta del trabajo de García Cubas

en la Gran Carta Administrativa, habla de la novela *El vizconde de Muldorf* de Luis G. Ortiz, y a José Rosas lo compara con el poeta francés Lafontaine. También cuenta su interés por escribir nuevamente y se pregunta a sí mismo qué escribirá. Se contesta que ahora redactará cartas. Abordar este nuevo género literario le resultaba más interesante porque el estilo epistolar se presta “a la confidencia íntima, al estudio moral, a la simple crónica, el juicio crítico o la disertación”. Es quizá por eso que intitula sus escritos “Cartas Sentimentales”. Se pregunta nuevamente el porqué de ese título y responde no poder explicarlo. Sin embargo admite que esto puede deberse al recuerdo de un viaje, quizá a su carácter, pero finalmente no lo sabe, por lo que deja el título citado, sin importar si el nombre justifica su acción o viceversa. En esa misma carta, Altamirano narra al barón dos acontecimientos importantes: la festividad de Semana Santa en Popotla, de la que describe el espíritu progresista de la época, y la inauguración de un nuevo tramo del ferrocarril a ese lugar.

Además de estos hechos, que son narrados con gran detalle, Altamirano recrea escenas del México antiguo —como él lo llamaría—. Ejemplo de ello es la descripción que hace sobre la inauguración del tramo del tren de Tacuba a Popotla, que al parecer causó gran expectación en el pueblo, no sólo porque a ella asistió la mitad de los capitalinos de la época, sino porque los trenes y los vagones resultaron insuficientes para trasladar a todas las personas que querían asistir a Popotla, lugar donde se celebraban las representaciones de acuerdo con la antigua Colonia, motivo por el cual todo el mundo deseaba presenciarlas. Altamirano no pudo asistir a este acto, hecho que lamenta, lo cual fue comentado por Ignacio



Ramírez, *el Nigromante*. La narración resulta interesante por el tipo de descripción que hace el autor, además porque recordemos que fue en ese lugar donde Hernán Cortés sufrió la derrota con su ejército el 30 de junio de 1520 y porque ahí fue donde el conquistador español lloró en el famoso "árbol de la noche triste".

En la segunda carta, Altamirano comenta al barón sobre la reunión de la Asociación Gregoriana, "fundada por la compañía de Jesús en la provincia de México en el año de 1602".¹⁶ Esta agrupación en sus inicios sirvió de seminario para que los indígenas mexicanos aprendieran a leer y escribir, siendo el responsable de llevar a cabo tal misión Pedro Sánchez, alumno, profesor y rector de la Universidad de Alcalá, quien llegó al frente de la primera expedición jesuita que vino a México. Los jesuitas, que:

en sus prédicas exhortaban a los vecinos de la ciudad a contribuir en la erección de escuelas para cuyo establecimiento habían venido, y proponían que los ricos que tuviesen herederos fundaran colegios y los que no tuviesen dinero se mancomunaran y fundaran juntos o individualmente una, dos o más becas para sus hijos, nietos o parientes y las cuales podían ser heredadas por sus familiares y los jesuitas darían cuidado y fomento a la obra.¹⁷

Acción que esclarece el papel que desempeñó esta orden en la evangelización de los indios y en las labores educativas y culturales de los indígenas.

Esa labor persistió y de ella Altamirano da cuenta al barón cuando le comenta que "el edificio del colegio sirve de abrigo a huérfanos de ambos sexos, que sostiene la Sociedad de beneficencia para el amparo e instrucción de la niñez desvalida". Sin em-

¹⁶ Joseph Sicardo, *Cristianidad del Japón. Memorias sacras de los mártires de las ilustres religiones de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y la Compañía de Jesús*. Madrid: 1698, p. 18.

¹⁷ Francisco Martín Hernández, "La influencia de los colegios mayores españoles en la fundación y primer desarrollo de los americanos", en *Estudios de historia social y económica de América, Revista de la Universidad de Alcalá de Henares*. Madrid, núm. 9, 1992, pp. 9-12.

bargo, con el paso de los años se convirtió en el plantel educativo donde se formaron los hombres más distinguidos de la sociedad mexicana de esa época. Lo anterior lo corroboramos con lo que nos dice Francisco Martín Hernández, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca, España, cuando señala que los colegios "fueron perdiendo después aquel carácter de pobreza que como condición esencial se exigía en un principio, convirtiéndose en los centros de formación más elevados y aristocráticos. De esta forma se fue repitiendo la constante en cuanto a la selección del alumnado".¹⁸

De los alumnos egresados de San Gregorio, Altamirano menciona, entre otros, a don Sebastián Lerdo de Tejada, quien llegó a ser presidente de la asociación y de la República mexicana. Otro de los alumnos distinguidos fue Ignacio Zaragoza, héroe de la Batalla de Puebla. Otro más fue Miguel Miramón, militar que combatió contra los liberales defendiendo a Santa Anna durante la revolución de Ayutla y que murió fusilado en el Cerro de las Campanas junto con Maximiliano. Otros más, de reconocido renombre, fueron Ignacio Ramírez, José T. Cuéllar (quien con el seudónimo de *Facundo* fue uno de los novelistas más populares, autor de la obra *La linterna mágica* que contenía una colección de novelas cortas), Juan A. Mateos (quien publicó *El Cerro de las Campanas* en 1868 y *Los insurgentes* en 1869), Pedro Landázuri (ingeniero que peleó al lado de los liberales en la Intervención francesa, y fue diplomático y gobernador interino del estado de Jalisco de 1882 a 1883), José María Rodríguez y Coz (dramaturgo, autor de *La Revolución francesa*). También estudiaron en ese lugar Luis G. Ortiz (poeta que introdujo el género de las crónicas en México, autor de *Recuerdo de un viaje a Italia*), Enrique de Olavarría

[La Asociación Gregoriana] en sus inicios sirvió de seminario para que los indígenas aprendieran a leer y escribir.

¹⁸ *Ibidem*, p. 15.

Entre los alumnos del Colegio de San Gregorio se encontraba Luis G. Ortiz, poeta que introdujo el género de las crónicas en México.

(narrador español radicado en México, cuya obra está formada por 36 novelas basadas en la historia de México de los años de 1808 a 1838 y constituye la obra más extensa en su género). Autor de *El tálamo* y *La horca*, Rafael de Enrique Zayas, novelista veracruzano que en su obra *El teniente de los gavilanes* muestra el bandidaje como un hecho de la vida cotidiana del México de esa época; Francisco Bulnes, autor controvertido porque casi todas sus obras causaban gran revuelo, como *El verdadero Juárez* y *Las revoluciones de Ayutla y de Reforma*.

Ésos fueron algunos de los estudiantes del Colegio de San Gregorio, entre los que reconocemos personalidades destacadas en los diferentes ámbitos de la política, la literatura, el ejército, las artes. Asimismo Altamirano informa que la Sociedad Gregoriana contó entre sus alumnos a un santo de nombre Felipe de Jesús “que fue misionero al Japón y a quien la intolerancia japonesa condenó al martirio”. Joseph Sicardo, sacerdote español que vino a México como visitador del obispo de Michoacán en donde enseñó teología, y en Guanajuato, filosofía, y fue a su vez fundador en esa ciudad de la Cofradía de S. Nicolás Tolentino, cuenta en su obra *La cristiandad del Japón* “el exterminio y la cruel persecución que sufrieron a sangre y fuego que acabó con todos los mártires”. Y comenta de los sacrificios cuando “le quitaban la vida a cuanto religioso se presentaba en aquel retirado imperio, para que faltándoles a los cristianos los padres y maestros que los doctrinaban con su fe, predicación y ejemplo, se extinguiera la cristiandad por aquellas tierras”.¹⁹ Este santo —Felipe de Jesús—, “patrono de México y figura en el santoral”, era objeto del más alto reconocimiento por parte del pueblo de México, quien para conmemorarlo celebraba una gran fiesta que, de acuerdo

¹⁹ *Ibidem*, p. 18.

con Altamirano, "era de una solemnidad clásica" en la que participaban la clase gobernante y militar de México. Para perpetuar su memoria, en 1866 los alumnos del Colegio de San Gregorio formaron una asociación con egresados de esa institución, con el objeto de "prestar auxilios recíprocos y conservar vivo el fuego sagrado de los recuerdos juveniles"; se reunía cada 12 de marzo (día de san Gregorio).

Esas tertulias, aparte de servir para el arreglo de asuntos, tenían otro objetivo que consideramos más importante: dar a conocer a la "sociedad gregoriana" lo que hacía cada uno de sus ex alumnos, pues debemos recordar que de ahí egresaron los personajes más prominentes de esa época. Esas reuniones eran ocasión para que los intelectuales pertenecientes a esa asociación dieran a conocer sus obras literarias. Cabe señalar como dato interesante que Altamirano también perteneció a dicha asociación sin haber sido alumno del colegio, pues, como él dice, fue "gregoriano adoptivo" por haber sido cronista de esa agrupación. Lo anterior corrobora lo expuesto en la parte introductoria de este trabajo, cuando señalamos a Altamirano como uno de los intelectuales más importantes de la época, de ahí la honra de pertenecer a tan distinguido grupo.

Las cartas a Gostkoski

Limitarse a reseñar los hechos más importantes de la vida y obra de Ignacio Manuel Altamirano resultaría parcial para valorar a un guerrerense que fue magistrado de la Suprema Corte de Justicia, político, soldado, abogado, escritor, maestro, diplomático liberal, creyente de la libertad de México, periodista y orador. Todas esas cualidades hacen de él un

personaje ilustre en la historia de este país, cuya actuación podríamos resumir en dos puntos: primero, soldado liberal que peleó en el campo de batalla y en la tribuna por la libertad de México; y segundo, literato que abarcó todos los géneros incluido el epistolar, del cual ninguno de sus biógrafos ha mencionado nada y en el que plasmó leyendas tradicionales, paisajes y costumbres del México antiguo y que podemos admirar en las “Cartas Sentimentales”, que aquí damos a conocer.

Primera carta

31 de marzo de 1872

Al barón de Gostkoski

Me tiene ud. ya, mi siempre querido barón, redactando otra vez la parte frívola del *Siglo XIX* que nosotros hemos dado en bautizar con el nombre un poco pretencioso de parte literaria. Semejante anuncio indicará a ud. suficientemente que vuelvo a imponerme la enojosa tarea de desvelarme dos o tres horas la noche del sábado, con el riesgo de tener jaqueca al día siguiente, tan sólo por proporcionar a los lectores del circunspecto diario que se enorgullece con llamarse el decano de la prensa mexicana, un rato de distracción los domingos por la tarde, o al menos de reposo, de ese reposo que se ansía después de haber leído durante la semana las sangrientas crónicas de la guerra civil, del ferrocarril de Tlalpan, y de las hazañas que cometen diariamente las campañas francas, que aquí conocemos con títulos más terríficos. Como ud. partió para Europa al princi-

piar el otoño del año pasado, tal vez ignora, si el doctor no se lo ha escrito, que yo entré en muda juntamente con cientos de pájaros, me aficioné a la vida cenobítica, me encerré en mi ermita de San Fernando, abandoné un poco nuestra familia literaria, he leído poco, he pensado mucho, y he dormido muchísimo, y así he logrado distraer posiblemente la murria, que sin saber por qué, ni cuándo precisamente, se había apoderado de mi espíritu.

Mi alejamiento de la sociedad fue tal, que apenas podía ya dar razón de lo que pasaba en el centro de esta ciudad, y eso porque de cuando en cuando los vagones de la Tlaxpana solían conducir hasta mis puertas a alguno de nuestros queridos bohemios, a quien apresuraba a recibir en los brazos, como si viniera del Japón o del Egipto.

Este bohemio era algunas veces, el sano y robusto José T. Cuéllar, que me traía sus tomos de *Chucho el Ninfo* o de las *Jamonas*, que me han deleitado días enteros; con más frecuencia el doctor Peredo, que venía a leerme sus *Lecciones de Prosodia* o de *Literatura inéditas* aún, pero que pronto dará a la prensa, y que le sirven de texto en el Conservatorio. La lectura de Peredo, como ud. sabe, es siempre sazónada con sus gráficas narraciones, que hubieran aliviado la melancolía del rey Saúl o de Felipe III, y que por supuesto, hacían desaparecer la mía, que no ha sido, ni con mucho, tan obstinada ni tan estúpida.

Por espacio de un mes, José Rosas, que ha llegado de Guanajuato tan barbudo y tan taciturno como siempre, a sentarse en la Cámara de Diputados, estuvo viniendo a leerme sus deliciosas *Fábulas* que acaban de publicarse y de ser adoptadas en la escuela del municipio. Ya enviaré a ud. un ejemplar de ellas, para que goce con la gracia y facilidad que



campea en esta obra de nuestro Lafontaine, más afortunado que el pobre Esteban González.

Calibán, andando siempre como si obedeciese, burlándose, a las miradas de Próspero el usurpador de su isla, era el que emprendía con menos pereza el largo camino que hay desde Santa Clara a San Fernando, para contarme los desatinos de los zarzueleros que trabajan en el horroroso Teatro Principal para anatematizar a las viejas pelucas y para sorprender mi candor con las historias que él inventaba atravesando la Alameda.

Esta inventiva de Calibán tomó un giro alarmante. Últimamente ha publicado el Domingo, en el periódico de ud., un artículo pequeño en el que con tonos más elegiacos del mundo, se queja de sus desgracias. *iHorresco referens!*

¡Calibán desdichado! ¿Lo adivina ud.¿ De seguro que no. Yo tampoco lo sabía, pero probablemente mostró ningún conocimiento del corazón humano hacia carecer de perspicacia y por eso ¡maldita la tristeza que podíamos vislumbrar a través de esa cara que se burla siempre de la miserable humanidad! En cuanto al gran Justo Sierra, no ha parecido por aquí, y mire ud., hoy no podría yo tener el pavimento de mi casa, pues es baja y no corre peligro de hundirse en los pasos hercúleos de ningún Milón de Cretona. Pero le repito, no ha parecido, y apenas he podido ver, de paso, su enorme silueta proyectándose alguna noche entre los bosquecillos del Zócalo o las columnas del Gran Teatro Nacional. Su hermano Santiago está entregado a las experiencias de Allan Kardec, y parece que con un éxito que le promete elevarse al pontificado de ese culto, que tiene, como todos, sus fanáticos y sus enemigos. En estos días, y por vía de pláticas cuaresmales, he oído decir que un fraile italiano llamado Sarria, ha pue-

to, a los espíritus como nuevos, en no sé que iglesia, con lo cual ha creído dar un gran golpe y hacer un gran servicio a su cofradía.

Alfredo Bablot y Antonio García Cubas están hoy entregados el uno a las faenas del *Federalista* y el otro a los trabajos de su *Gran Carta Administrativa*, que concluirá próximamente y que aumentará la fama que ha sabido conquistar con su *Atlas* ya conocido en Europa.

A quien no he visto absolutamente es a Enrique de Olavarría, que ha llevado una vida más hermética que la mía en Tacubaya, y que hoy va a publicar su *Historia del teatro español* que le sirve de texto en su cátedra del Conservatorio.

Más esquivo aunque menos ermitaño ha estado Luis G. Ortiz, que después de haber hecho una lindísima edición de su bella novelita *El vizconde de Muldorf* (recuerdos de su viaje a Nápoles) se ha perdido en no sé que misterioso bosque de mirtos, del que no deja salir sino uno que otro gemido voluptuoso bajo la forma de un idilio, de una elegía o de una anacreóntica que nos hacen temer por su seguridad.

En cuanto al melancólico Sosa, como le llamaba la Natali, después de cantar en todos los metros posibles sus aficiones salomónicas y platónicas a Emma, a Leonor, a Luisa, a Pepa, a Julia, a Lola y demás, calló de repente afligido por la muerte de su amigo el coronel Alba (a quien asistió con una abnegación heroica), después marchó a Yucatán de donde se apresuró a salir para volver de nuevo a México, y hoy lleno de hastío y siempre devorado por el mal de Werther piensa marcharse a Bogotá para hacer amistades con Jorge Isaacs, que como ud. recuerda nos ha entusiasmado con su *María*.

No puedo asegurar si llevará a cabo Sosa este

Alfredo Bablot y Antonio García Cubas están hoy entregados el uno a las faenas del *Federalista* y el otro a los trabajos de su *Gran Carta Administrativa*.



viaje, pero presumo que el primer fantasma hermoso que se le aparezca entre las brumas de su *spleen* sabrá detenerlo con sus manos de seda y de rosa. Los propósitos de estos poetas eróticos no me inspiran suma confianza.

He aquí, mi querido barón, una noticia muy breve de la suerte que corremos todos los amigos de ud., a lo que se agrega que nos está afligiendo ya la dificultad en que nos vemos de ir a hacer a ud. compañía de su viajes por Europa, por esa Europa que estamos condenados a ver siempre de lejos, como los viajeros del desierto ven los *mirages* que sólo sirven para atormentarlos en su fatiga.

Rafael de Zayas y Francisco Bulnes se hallan en igual situación por más que se acerquen y vivan en las costas del Atlántico, vagando siempre como las sombras de los antiguos insepultos, en espera de un Caronte que los conduzca a los Campos Elíseos.

Ahora bien, esta introducción ha tenido el doble objeto de dar a ud. cuenta de lo que hacen sus amigos y de lo que voy a hacer ahora. Decía a ud. que estaba yo en muda, y que trato de desentumecer la lengua, hoy que hace aquí un calor de todos los diablos.

El editor del *Siglo* me ha invitado de nuevo; ya hablé de esto en un articulillo que publiqué hace cosa de quince días. Ahora bien ¿qué voy a escribir? ¿Estoy condenado siempre a la revista semanaria? ¿Hablaré de las emociones y de los ilustrados caprichos de Juan Diego?

¿Seguiré con los ojos soñolientos a la sempiterna tribu que conocemos de memoria, para dar al mundo la importante noticia de haberle salido a uno de sus miembros una cana más o de habersele caído a otro un diente, o de haber estrenado aquél un vestido, o de haberse casado éste con la paciente

novia a quien camelaba hacía quince años? Ud. comprenderá desde luego que esta faena es superior a mi paciencia y a mi deseo de variar siempre. He discurrido, pues, hablar de esto sólo cuando valga la pena, y consagrar más afanes a otros asuntos de alguna utilidad mayor.

Por eso me valdré del recurso de escribir cartas, que es un artificio literario, como cualquier otro, y quizá mejor por cuanto el estilo epistolar se presta lo mismo a la confidencia íntima, como al estudio moral, como a la simple crónica, como al juicio crítico y aun a la disertación. Y de pronto me ocurre intitular mis escritos: "Cartas Sentimentales". ¿Por qué? Tal vez no pueda explicarlo. Quizás mi carácter, muy propenso a las afecciones tiernas, me haya decidido. No lo sé, pero dejo el título de Cartas Sentimentales, y los lectores leerán lo que yo escribo sin parar, mientras en sí el nombre justifica la cosa o viceversa.

Escribiré a ud., mi queridísimo barón y también a nuestra amiga la encantadora Fanny, cuyo recuerdo nos sonríe aún, y que tendrá cierto placer en saber las cosas de México, aunque no sea sino porque aquí viven aquellos jóvenes petrificados que tanto la admiraron y quisieron.

¿Acepta ud.? Pues bien, arreglado. El editor del *Siglo* responde de mi exactitud y formalidad, y tanto, que con gran sorpresa mía y mortificación de mi modestia y escándalo de los que me creían muerto, hizo fijar el Jueves Santo en todas las esquinas de la ciudad, sendos carteles en que anunciaba mi regreso a la redacción del decano.

Eso era verdad, y habíamos firmado el contrato, pero lo ruidoso del anuncio me obligó a quedar más encerrado en esos días, de lo que yo acostumbro, a mis devociones.

Por eso me valdré del recurso de escribir cartas, que es un artificio literario, como cualquier otro, y quizá mejor por cuanto el estilo epistolar se presta lo mismo a la confidencia íntima, como al estudio moral, como a la simple crónica, como al justo crítico y aun a la disertación.

La mitad del pueblo de México se trasladó a Popotla para ver unas cosas que hacía mucho tiempo no se contemplaban en esta ciudad contagiada por el venero de la filosofía. La escena era linda, y si hubiese habido cien vagones, los cien habrían apenas bastado para la gente.

Póngome, pues, a escribir esta primera epístola, aturcido todavía por los repiques de la Pascua, y atarantado, literalmente por las borrascas de música religiosa que se ha desencadenado en estos días, y que me ha puesto en estado de no soportar ni el silbido del travieso granuja que atraviesa por mi calle, ni el lejano sonido del organillo constipado con que los Faustos de mi rumbo gratifican a sus víctimas.

Acabóse ya la Semana Santa, barón, y yo doy gracias a la suerte porque nos permite entrar en tiempos más propicios. ¿Para qué hacer a ud. la descripción de lo que pasa aquí en esos días? Ud. lo conoce y puede imaginárselo. Las viejas costumbres dejan algo. Sin embargo, se notan modificaciones que un observador no deja de comentar en favor del espíritu progresista de la época. Por ejemplo, la línea del ferrocarril de la Tlaxpana se ha prolongado hasta el pueblo de Popotla, y el Viernes Santo se inauguró ese nuevo tramo.

En Popotla donde está el famoso ahuehuete a cuyo pie refiere la tradición que lloró Hernán Cortés en la famosa *Noche Triste*, en que estuvo próximo a sucumbir con su ejército de aventureros, combatido por los patrióticos soldados del emperador azteca Cuetlahuatzin.

Pero el añoso sabino no nos importa por ahora. Lo mejor fue que en Popotla había *centuriones* ¿Ud. sabe qué son los *centuriones*? ¿No? Pues ya se lo diré más tarde. Por hoy, bástele saber que la mitad del pueblo de México se trasladó a Popotla para ver unas cosas que hacía mucho tiempo no se contemplaban en esta ciudad contagiada por el venero de la filosofía. La escena era linda, y si hubiese habido cien vagones, los cien habrían apenas bastado para la gente. ¡Que apertura! ¡Qué tumultos! Los vagones eran tomados por asalto para ir a Popotla y Tacuba, y las mulitas apenas podían moverse.

En esos pueblecillos había un mar de cabezas humanas. Sobre aquel mar se destacaba un tablero (el pretorio) con su Caifás y su Pilatos; los centuriones (que el pobre González llamaba aguilíferos) hacían caracolear sus caballos bailadores, los pitos y los tamborines de esta tropa singular llenaban de melancolía el alma de los creyentes y el ruido de las matracas y baraúnda del gentío traían a la memoria de los viajeros, las santas escenas de su juventud, cuando México dominaba la religión en toda su pureza.

El Nigromante y Fidel, que fueron a Tacuba a presenciar esa piadosa comedia, se conmovieron hasta las lágrimas, según me han contado, y sentí no haberles hecho compañía. Pero Calibán me sustituyó ventajosamente.

El prefecto de Tacubaya ¿recuerda ud., quién es? mandó también a sus aguilíferos a velar por la tranquilidad pública, y merced a estos bizarros hombres de armas los otros aguilíferos que andan merodeando en los alrededores de la capital no vinieron a tumbar la santa ceremonia.

En fin, Gustavo, la Semana Santa ha sido hermosa en esas aldeas en que mis hermanos de raza conservan las puras tradiciones de la antigua colonia.

Lo que me causó un sentimiento singular, sobre todo, fue el espectáculo del ferrocarril. ¡Qué raro es esto! La Semana Santa de Popotla hizo productivo el tramo nuevo del camino de hierro. Los vagones se llenaron de creyentes que apenas se fijaron en la vía férrea, si no es pensando que así llegaban más pronto a oír el sermón y la sentencia. Al ver ud. esa línea de carros cargados de gente, hubiera ud., dicho: He ahí el Progreso explotando el Fanatismo.

Será la única vez en que éste ha servido de algo.

Adiós, barón.



Segunda carta

7 de abril de 1872

Al barón de Gostkoski

Como me he propuesto no hablar a ud. de las escenas de Semana Santa, porque ud. las conoce, y además, no pueden llamar la atención, hoy le haré la crónica de algo que pasó pocos días antes y que me parece digno de referirse. El día 12 de marzo (día de San Gregorio) hubo un gran banquete en aquel mal aventurado Tívoli Fulcheri que estrenamos en compañía de ud., Pepe Rincón y otros alegres amigos hace más de dos años, y que se engalanó con el nombre de aldea: "El Recreo Mexicano". Como usted recordará, este Tívoli, sea por su situación, sea porque carece de árboles, sea en fin, sus hados, padeció de raquitis desde el principio, y a poco tiempo de establecido, quedó desierto, y ahora el mismo buen Fulcheri se vio obligado a abandonarlo.

Desde entonces cerrado, y no abre sus rejas ni siquiera para dar un paso a alguna dama velada de aquellas de D. Pedro Calderón, ni a algún misántropo que desee comerse a solas un buen pavo frío, regado con aquel vinillo que los alemanes y los tiranos de la patria de ud., han dado en llamar amorosamente *Leche de Mujer*.

Yo no alcanzo a predecir la suerte que correrá esa linda casa construida y aun estrenada bajo tan buenos auspicios, puesto que las primeras libaciones a los dioses de ese santuario han sido hechas con nuestras copas.

Por ahora sólo ha visto en sus salones, regularmente vacíos como celdas de colmena abandonada, a dos o tres enjambres de abeja que han venido car-

gando su ración de miel, para saborearla allí y marcharse en seguida. Uno de esos enjambres se apoderó de Tívoli en diciembre, en la época de las posadas, pero sólo durante una noche y al día siguiente, el genio de la sociedad volvió a colocarse en el dintel de sus puertas.

El 12 de marzo fue la Asociación Gregoriana la que vino a celebrar aquí su banquete anual. ¿Recuerda ud. lo que es la Asociación Gregoriana? Parece que sí, porque alguna vez hablamos de ella. Pero si tal no fuese, le diré a ud. en dos palabras.

Hubo en otros tiempos, no muy lejanos, pero anteriores a la invasión francesa, a la reforma y aun a la revolución de Hayucal, un famoso colegio que se llamó San Gregorio, y que estaba situado en un gran edificio de tristísimo aspecto, pero hoy medio arruinado y que sirve de abrigo a dos casas de huérfanos de ambos sexos, que sostiene la Sociedad de beneficencia para el amparo e instrucción de la niñez desvalida, sociedad de que fui vicepresidente el año antepasado y de la que es jefe de relaciones D. Ignacio Mariscal.

Este gran edificio es vecino de la iglesia de Loreto; aquella iglesia que está hundida por un lado, lo que le da un interés que excita la curiosidad de los viajeros.

Estoy seguro que ud. recuerda todo esto, el colegio arruinado, la iglesia y por supuesto la desierta y feísima plazuela que lleva también el nombre de Loreto, y en la que al medio día bien puede cualquier hijo de Adán desnudarse sin temor de ser visto. Aquel lugar pertenece al México viejo, al México destruido por la parálisis, al México impasible para los que buscan ante todo para alojarse, el buen temperamento, la buena vista, la vegetación, el agua pura y la vida. Los habitantes por allí parecen con-

Estoy seguro que ud. recuerda todo esto, el colegio arruinado, la iglesia y por supuesto la desierta y feísima plazuela que lleva también el nombre de Loreto.



sumidos por la *malaria* de la campiña romana, o por las calenturas de Tabasco.

Yo tengo entendido que ud. se entretenía algunas tardes, hace tres años, en recorrer la calle de Chavarría, no sé precisamente si para estudiar esta parte de la ciudad antigua o para contemplar alguna hermosa flor humana que asomaba su fresca y gallarda corola por las carcomidas ventanas de una de esas ruinas.

Por eso no insisto en la descripción de esos lugares, a los que yo no voy con frecuencia, si no es cuando he puesto previamente mis más caras prendas en las manos paternas de mi amigo Cendejas, a quien tal vez no tuvo ud. necesidad de conocer por aquí.

Pues bien; en ese colegio del que he hablado, ha recibido su educación una gran parte de la falange numerosísima que ocupa hoy los lugares más distinguidos en el foro, en la tribuna, en la judicatura, en el ejército, en la literatura, en la Iglesia católica, en la medicina y en las bellas artes.

Oiga ud. nada más qué nombres están registrados en el viejo libro de San Gregorio: Lerdo de Tejada, Iglesias, Ramírez (el maestro), Riva Palacio (el general), Río de la Loza (el gran químico, hoy moribundo), con otros no por más modestos, menos importantes. Hay nombres de antiguos ministros y consejeros del llamado imperio, de ministros y pro-hombres de la república, como los cuatro primeros; hay médicos famosos, hay poetas como Téllez, Cuéllar, Mateos, Alfaro, Rodríguez y Coz, Landázuri; hay muchos clérigos; hay pintores, escultores y músicos; hay artesanos y aguadores (que por supuesto adoptaron el *chochocol*, después de haber intentado inútilmente el consorcio con los libros gregorianos). Entre los muertos, se encuentran los

nombres de Zaragoza, el héroe del cinco de mayo; de Miramón, el ajusticiado en el Cerro de la Campanas, el compañero del pobre archiduque; y admírese ud., ¡la Sociedad Gregoriana tiene hasta santos! Sí, señor, *santos*, porque un cierto Felipe de Jesús, lego dieguino de México, que fue misionero al Japón, y a quien la intolerancia japonesa condenó al martirio y la Iglesia católica elevó altares, fue gregoriano.

Este apóstol de la fe cristiana es patrono de México, figura en el santoral y antes de ahora, su fiesta era de una solemnidad clásica en que tomaban parte los gobernantes y los gobernados, con gran aparato y lujo, desplegado en procesiones, misa pontifical, repiques a vuelo, música y parada militar. Aún me acuerdo, barón, de aquellos lindos tiempos, en que en mi calidad de estudiante marchaba yo de *asistencia* con mi colegio, y caminando devotamente en la abigarrada columna formada por comunidades de frailes, legiones de empleados, gremios de artesanos, batallones y escuadrones de genzaros de aquella época presididos nada menos que por el mismo presidente de la República, que ordinariamente era un general matachín, amigo de la Iglesia y devoto de San Felipe y de la Virgen de Guadalupe. Con que ud. calcule cuál será la extensión de la familia gregoriana, a juzgar por los personajes que he mencionado entre los que se cuenta al primero de los santos nacidos en este suelo.

Los gregorianos, pues, animados de un loable sentimiento, determinaron en 1866 formar una asociación, compuesta por los hermanos solamente, para prestarle auxilios recíprocos y para conservar vivo siempre el fuego sagrado de los recuerdos juveniles. A ese efecto, dispusieron reunirse en sesión general de cada año, el 12 de marzo, y tuvieron una feliz idea, a saber: la de celebrar la sesión de un

¡La Sociedad Gregoriana tiene hasta santos! Sí, señor, santos, porque un cierto Felipe de Jesús, lego dieguino de México, que fue misionero al Japón, y a quien la intolerancia japonesa condenó al martirio y la Iglesia católica elevó altares, fue gregoriano.

El año pasado, sin embargo, cambié de posición, y ascendí del rango de cronista al de gregoriano adoptivo, honor que se me dispensó por aclamación, habiendo sido propuesto por el presidente de la Asociación, Don Sebastián Lerdo de Tejada.

banquete. De este modo, la reunión sería más cordial, más atractiva y más amena. Los gregorianos son hijos de su tiempo, y saben que los grandes y los pequeños asuntos se arreglan mejor en derredor de una mesa cubierta de manjares, de botellas y de flores.

Yo he asistido a estos banquetes no como gregoriano, pues legítimamente no lo soy, ni por un privilegio que se me concedió a mí nada más, en mi calidad de cronista de la Asociación.

En efecto, he sido el cronista y he publicado cada año, según recordará ud., sendos artículos en que refería los servicios prestados por la Sociedad, entre los que el primero, en mi concepto, ha sido el de despertar en el país el espíritu de asociación.

El año pasado, sin embargo, cambié de posición, y ascendí del rango de cronista al de gregoriano adoptivo, honor que se me dispensó por aclamación, habiendo sido propuesto por el presidente de la Asociación, Don Sebastián Lerdo de Tejada. Igual honor tuvo el distinguido abogado Martínez de la Torre y hasta ahora somos los dos únicos que sin haber recibido nuestra educación en San Gregorio, pertenecemos a la hermandad.

Hoy, 12 de marzo, el banquete, como he dicho a ud. tuvo lugar en el Tívoli Fulcheri, y excusado es decir que estuvo concurridísimo, porque ha de saber ud. que entonces vienen aun de pueblos distantes, los gregorianos dispersos a quienes reúne el entusiasmo común. Presidía la mesa D. Sebastián, y el aspecto que la Asociación presentaba era originalísimo, porque los gregorianos ese día hacen ostentación de practicar aquella sincera igualdad a que propende la generosa juventud, extraña aún a las preocupaciones sociales, al rencor de los partidos y a la diferencia de los trajes y de los haberes. De manera que junto al elevado personaje político toma

asiento un aguador; el ministro del imperio platica alegremente con el ministro republicano, sin acordarse ya de haber sido encerrado por él en 1867 en las prisiones de Estado; y jefes antes enemigos departen curiosamente acerca de las batallas en que se encontraron frente a frente. Esto da gusto y presenta un modelo que ¡ay! es difícil de imitarse en toda la nación.

En el banquete hay siempre brindis oficiales y se encomiendan generalmente a los ministros más talentosos de la Asociación. Algunos de estos brindis han sido, los años pasados, excelentes piezas literarias, que todas corren impresas en elegantes cuadernos.

Hoy, me llamaron la atención, entre otros, el de Lerdo como presidente, el de Téllez, porque es de nuestra familia literaria. Ya sabe ud., es un general flaco, de fisonomía pálida y extenuada, de grandes ojos azules, de sonrisa alegre y burlona y que posee un numen satírico inagotable. Gran perezoso, apenas se digna publicar de cuando en cuando alguna composición suya, que luego se reproduce con apresuramiento, y ni este éxito que alcanza sin excepción lo estimula a escribir. Es preciso pillarlo en una ocasión, como ésta del banquete, para esperar de él alguna sorpresa. En efecto, la que nos dio el día 12 fue deliciosa.

Figúrese ud., que subió a la tribuna y sacando un largo papel, comenzó a leer con voz hueca, acompañada y expresamente sentimental, una composición epigramática originalísima. Recordó su trabajo en el colegio del Seminario, nos hizo el retrato de mano maestra del Dr. Grajeda, uno de esos cocos de sotana, encargado de hacer odiar la tiranía escolástica a los muchachos de su tiempo. Nos refirió sus reyertas con él, y tal fue el relato, que la asam-





blea entera, como la de los dioses de Homero, prorumpió en una carcajada incesante. Ramírez fue el primero que rió ¡y para que Ramírez ría!... Téllez concluyó hablándonos de su entrada en San Gregorio, y a este propósito nos hizo la descripción del Nigromante, muchacho entonces, pensador mediatubundo, insurgente, altivo, original y vestido con largos pantalones de piel de tusa y una turca raída. Con esto acabó Téllez su precioso brindis que siento mucho no haber pedido para insertarlo en esta carta. Pero ud. lo verá, Gustavo, en el cuaderno respectivo y pasará, estoy seguro, un rato de buen humor.

Inmediatamente después, subió a la tribuna Ramírez, ud. sabe que cuando él habla, todo el mundo calla, movidos por la curiosidad que provocan siempre sus palabras.

Y ahora, ciertamente que esta curiosidad no podía ser más justificada. Era el brindis *por los muertos*, asunto de una dificultad aterradora y que sólo una capacidad como la del Nigromante podía elevar con brillo de las regiones de la vulgaridad.

¡Ah qué composición! ya se han hecho de ella dos ediciones muy bellas que se han repartido entre los amigos.

Cada terceto nos deslumbraba, cada palabra era una idea, cada idea era una verdad grandiosa. Escuchábamos con religioso silencio, mientras que Ramírez, con su semblante severo y melancólico y su voz apagada pero firme, leía su profunda y triste composición. Mi voto nada importa en la literatura, pero tengo para mí que este brindis es admirable por su fondo y por su forma.

En ésta Ramírez es clásico, como los mejores clásicos con que se honra el Parnaso español. Quizás no haya ahora ni en España, ni en la América Latina, quien haga tercetos como Ramírez. Es un gé-

nero de versificación que él prefiere, y a fe que es difícilísimo, pero él lo maneja con una maestría que no superaron los Argentosas, ni Rija. No hay pasión en esto, mi querido barón; el que mueva la cabeza dudando, que lea y que compare. La imagen brillante y original, el estilo claro y ético, la palabra castiza, el giro inesperado y elegante, tales son los dotes del terceto de Ramírez, que nos trae a la memoria desde luego aquella sabrosa poesía de los líricos del siglo XVI de España.

En cuanto al fondo, ¡Qué decir barón! ¡Qué risueñas imágenes! ¿no es verdad? Pero hay un pensamiento tristísimo de igual solamente; no se nota ni podía notarse en la producción de un trovador cristiano, del soldado de la cruz, esa robustez de la fe panteísta que dejando a un lado la consideración secundaria de la igualdad, ante la tumba, sólo se ocupa en contemplar el más allá preparado por la sabiduría de la Naturaleza.

Poetas eminentes antiguos y modernos, de la raza latina y de la raza del Norte, han dicho su pensamiento sobre la vida y entre ellos Shakespeare que no tiene para ella sino una frase desdeñosa. Ninguno encerró en tan pocas palabras más grandeza de ideas.

Ud. me concederá la razón.

Después de la poesía de Ramírez, haría yo mal en seguir hablando a ud. del banquete.

Mi lámpara se extingue, como decía Fausto.

Acaban de dar las cinco de la mañana, oigo atravesar por mi calle los primeros carros y voy a reposar, no sin enviar a ud. por el telégrafo del alma mi saludo matinal, que de seguro lo hallará durmiendo en el seno de París, de esa gran loca del mundo europeo.

IGNACIO M. ALTAMIRANO

Bibliografía

- Diccionario de historia, biografía y geografía de México*, 3a. ed. México: Porrúa, 1971, 2 v.
- Discursos de Ignacio Manuel Altamirano pronunciados en la tribuna cívica, en la Cámara de Diputados, en varias sociedades científicas y literarias y en otros lugares, desde el año de 1859 hasta 1884*. París: Biblioteca de la Europa y América, 1892, pp. 25-40.
- Enciclopedia de México*. México: Secretaría de Educación Pública, 1987, 14 vols.
- González Blackaller, Ciro E. y Luis Guevara Ramírez, *Síntesis de historia de México*, 6a. ed., México: Herro, 1958, p. 160.
- Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano, conferencias, estudios y bibliografía*. México: Imprenta Universitaria-Universidad Nacional de México, 1935, pp. 12-81.
- Martín Hernández, Francisco, *Estudios de Historia Social y Económica de América de la Universidad de Alcalá*. Madrid: 1992, pp. 9-18.
- Martínez, José Luis, *Crónicas de la Semana de "El Renacimiento" 1869*. México: Instituto Nacional de Bellas Artes-Departamento de Literatura, núm. 9, 1969, pp. 72-83 (Colección Ayer y Hoy).
- Millán, María del Carmen, *El Zarco*. México: Porrúa, 1966, pp. xv (Colección "Sepan cuantos...", núm. 61).
- Quirarte, Martín, *Visión panorámica de la historia de México*, 6a. ed. México: Porrúa, 1975, pp. 137-143.
- Revista de Revistas*. México: año XXIV, núm. 1281, 1934, s.p.
- Sicardo, Joseph, *Cristiandad del Japón. Memorias sacras de los mártires de las ilustres religiones de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y la Compañía de Jesús*. Madrid: 1698, p. 18.